

# El control de la palabra. A propósito de una “jornada de vida cristiana” de fines del siglo xv

The Control of Words. About a Christian Life's Journey at the End of the 15th Century

Marta Madero

Recibido el 20 de diciembre de 1993.

Aceptado el 20 de mayo de 1994.

BIBLID [1134-6396(1994)1:2; 293-303]

## RESUMEN

La autora analiza el texto de fray Hernando de Talavera “De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien ejercido”, dedicado a la condesa de Benavente, su penitente. La obra tiene relación con el modelo de textos moralizantes, tan frecuentes al final de la Edad Media, que clamaban de forma insistente a controlar la expresión verbal femenina, a dirigir las amistades, trabajando las prácticas devotas y sistemáticas a lo largo del día.

**Palabras clave:** Mujer. Edad Media. Textos. Expresión verbal.

## ABSTRACT

The author analyses the text of Fray Hernando de Talavera “De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien ejercido” (“How the time has to be arranged for it to be well conducted”), dedicated to the countess of Benavente, his penitent. The work is connected with the model of moralizing texts, plentiful at the end of the Middle Age, which plead persistently for controlling the feminine verbality, directing the friendships and working devout and systematic practices through the day.

**Key words:** Women. Middle Age. Texts. Verbal expression.

A fines del siglo xv, fray Hernando de Talavera, jerónimo, confesor de los Reyes Católicos y primer arzobispo de Granada, escribe una *avisación de cómo se debe cada día ordenar é ocupar para que expienda bien su tiempo*<sup>1</sup>. Esta *avisación* está destinada a doña María de Pacheco, condesa de Benavente, de quien había sido confesor. El texto pertenece al género de las “jornadas de vida

1. TALAVERA, Fray Hernando de: “De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien expendido”. *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, t. XVI, *Escritores místicos españoles*, t. I, Madrid, 1911, pp. 94-103.

cristiana” que aparece en los siglos finales de la Edad Media <sup>2</sup>. Estos textos, con frecuencia destinados a mujeres, fijan el empleo ideal del tiempo para aquellas que aspiran a la salvación. Minuciosos en cuanto a las prácticas en devoción, poco o nada dicen sobre ciertos aspectos de la vida cotidiana, en particular sobre la vida conyugal y familiar. El texto consta de catorce capítulos y su tema fundamental es el control de la palabra.

En el primer capítulo fray Hernando explica por qué “el tiempo es cosa muy preciosa”. El tiempo es la vida. Se necesita de él para aumentar la virtud y alcanzar la gloria. Por esto decía Séneca, “católico filósofo”, que no hay peor pérdida que la del tiempo. Por esto Nuestro Redentor nos amenaza que de toda palabra ociosa daremos cuenta en el Juicio Final, es decir, “de todo tiempo expendido en decir palabras sin provecho”, o, aún peor, en decir u oír palabras “dañosas”.

En el segundo capítulo enuncia las dificultades de llevar una vida ordenada si se vive entre gente desordenada. “E como vuestra habitación é continua conversación sea con los que moran en Cedar con el pueblo, gente é familia desordenada, como podrés tener vida concertada?”. Sigue el reproche que otros, como Francisco Ximenez, hacen a las damas de la nobleza: la vida mundana, la promiscuidad galante. “Oh cuántas lujurias, cuantas palabras é obras disolutas!”. Cuántos pecados cometidos también por los rapaces que guardan de noche a las puertas de los grandes las mulas y los caballos, cuántas “parlas demasiadas, murmuraciones, juicios é maldiciones que hace é dicen los otros que están aguardando!”.

Los tres capítulos siguientes son una reflexión sobre las implicaciones teóricas de un punto fundamental de teología moral problemático para los directores de conciencia: cómo armonizar las exigencias de la vida contemplativa con la sumisión conyugal. Para las mujeres, el ideal absoluto sigue siendo el de la vida monacal tal y como lo habían definido Ambrosio, Jerónimo y Agustín: ausencia de toda preocupación material y disponibilidad absoluta para la oración. Pero sobre ellas pesa también la maldición del *Génesis*: “sub potestate viri eris et ipse dominabitur tui”. Para las mujeres casadas, la sumisión conyugal es el único camino hacia la perfección espiritual. “Cómo podréis velar —interroga Talavera— si vuestro marido quiere que durmaís? O cómo podréis dormir si quiere que veléis? Cómo podréis rezar si quiere que habléis? Cómo podréis obrar de manos si quiere que holguéis? O cómo podréis recrear si quiere que trabajéis?”. La respuesta figura en el capítulo IX. La palabra del “magnífico señor conde” debe ser ley, en todo lo “que no sea contra el rey ni contra vuestra

2. Sobre las “jornadas de vida cristiana”, ver HAZENOHR, G.: “Vie quotidienne de la femme vue par l’Eglise: l’enseignement des ‘journées chrétiennes’, de la fin du Moyen Age”, en *Fraü und spätmittelalterlicher Alltag*. Actas del Congreso de Krems, 2-5 de noviembre de 1984, Viena, 1986, pp. 19-101.

perlado". Salvo frente a la traición y el pecado, la salvación está en las virtudes de una esposa dócil.

En los siguientes cuatro capítulos fray Hernando explica cómo el tiempo ha de estar dividido entre el que se dedica a Dios, a ella misma y a los prójimos. A Dios debe dedicar el diezmo de su tiempo y el mejor: al levantarse, al mediodía y al fin del día. A ella misma debe dar el tiempo necesario a su "sustentación", es decir, tiempo de alimentarse y de dormirse a su "avisación", es decir, tiempo pasado en leer o en oír, en hablar con personas sabias y espirituales que puedan guiarla hacia la salvación; y a su "recreación", es decir, tiempo de pasatiempos "honestos, que así recreen y esfuercen la carne que el alma no pierda nada". Y estos pasatiempos son tales como la labor de manos —que fray Hernando recomienda particularmente para conservar y acrecentar la salud de modo de atenuar e incluso impedir "la reuma de vuestra garganta"— y las obras de caridad. El tiempo destinado a los prójimos debe dividirse entre los "superiores o mayores" y quienes se les debe "reverencia é obediencia", los "iguales", a los que se les debe "igualdad de justicia..., corrección fraterna é liberalidad, humanidad e socorro", y los "menores", a los que se les debe "corrección é buena crianza, ... provisión de lo necesario, remuneración de los servicios" y a los vasallos, "complimiento de justicia civil é criminal".

En el capítulo X fray Hernando propone una regla particular que ordene cada hora del día, y los tres capítulos siguientes describen lo que la condesa debe hacer desde que se levanta hasta el mediodía, del mediodía hasta la cena, y de la cena hasta el momento de acostarse. El día se desarrollará del siguiente modo: en invierno se levantará a las 8 "signandovos é santiguando é diciendo: Credo in Deum, Pater noster y Ave María y otras oraciones en tanto vos vestís". Una vez vestida debe rezar Prima, Tercia, Sexta y Nona de las horas de Nuestra Señora, mientras se prepara el altar para que dando las nueve oiga misa. La misa debe ser oída con toda atención, nadie debe venir a hablarle "ni una palabra". Durante la misa la casa debe estar silenciosa y la condesa podrá rezar —salve durante el santo Evangelio— o contemplar los misterios de la misa. Acabada la misa debe dar audiencia a los pobres y luego recorrer la casa, "mirando con diligencia lo que cada una hace y cómo están ocupadas". Luego comerá, de las 12 a la 1, orando antes y después de haber comido, y cuidando de compartir con los pobres, como lo habían hecho Job, Abraham, Tobías, Marta, Tabita y Drusiana. Acabada la comida puede pasar una media hora en alguna recreación, "ó de honesta é provechosa habla con algunas buenas personas, ó de alguna honesta música, ó de alguna buena lección; y esto sería lo mejor, aunque no para la digestión". Luego podrá, si así lo desea, dormir una media hora. A las dos se levantará y rezará víspera y completas de Nuestra Señora y las horas *de defuntis* hasta casi las 3. De 3 a 4 ó 5 podrá realizar alguna labor de manos, de 5 a 6 y media o 7 y media deberá ocuparse del gobierno de la casa, de los que vienen a librar, de lo que es necesario hacer con el mayordomo, de lo que ha realizado

cada una de sus doncellas. Luego verá a sus hijos, y ha de "haver con ellos consolación, é darles alguna doctrina buena que mamen en la leche y se críen y crescan con ella". Antes de la cena, que tomará media hora, comenzando entre las 7 y las 8, rezará media hora los maitines y laudes de Nuestra Señora. Luego de la cena podrá recrearse hasta a las 10, hora en que se acostará, rezando previamente de rodillas el Credo, el Pater Noster y el Ave María. "Procurad de vos dormir leyendo é oyendo buena lección que vos de espiritual alegría. Esto haved por cierto que hace grand daño: acostar y levantar parlando", concluye fray Hernando. Los domingos y fiestas, desde luego, se aumentarán las devociones.

En el último capítulo fray Hernando reconoce que esta regla puede parecer dura, pero que si ella procura ponerla en práctica, el Señor la ayudará cada día para guiarla hasta la perfección: "puede tanto la costumbre, que lo grave torna dulce".

La vida ideal transcurre entre el murmullo de sus propias plegarias que deben incluso acompañar ciertos gestos cotidianos, las palabras honestas que ha de oír brevemente luego de comer y antes de acostarse, y las que ella administra para ayudar a la salvación de los que de ella dependen.

La salvación parece estar en el control que se ejerce sobre la palabra, en la necesidad de ahogar o al menos de domesticar una verbalidad femenina que caracteriza ciertas caricaturas de la cultura popular, pero también la fatuidad de las mujeres nobles. Los modos en que este control se ejerce son la insistencia en las devociones y la cuidadosa elección de los interlocutores.

La plegaria aparece como la liberación de un deseo de sonoridad transformado en instrumento de meditación. La tradición monástica valoriza la vocalización durante la lectura: el movimiento de los músculos faciales se asimila a la nutrición y favorece la elevación del espíritu. Pero para esas mujeres de la nobleza a las que se introduce en la práctica de la lectura con el fin de que puedan leer las Horas de Nuestra Señora, la vocalización de lo que se lee<sup>3</sup> o el murmullo de la plegaria nunca son "ruminación de una sabiduría"<sup>4</sup>, sino práctica ascética.

En la elección de los interlocutores se refleja en parte una defensa de los propios intereses de Talavera. Fray Hernando pertenece a la casta de *letrados* que como los franciscanos Juan García de Castrojeriz y Francisco Ximenez antes que él, ocupan un lugar privilegiado como consejeros y confesores —en particular como confesores de reinas—. Estos hombres elaboran, siguiendo a don Juan Manuel, una teoría de la educación y del saber que facilita la transmisión hereditaria del poder, al mismo tiempo que corrige la parte de azar que

3. Durante toda la Edad Media se lee en voz alta, la lectura silenciosa y el silencio meditativo de la *devotio moderna* son aún marginales en el siglo xv.

4. ZUMTHOR, P.: *La Lettre et la voix. De la "littérature" médiévale*. Paris, Seuil, 1987, p. 117.

puede producirse en la inteligencia y la virtud de los señores al "espiritualizar" la nobleza, o al menos al afianzar la nobleza del linaje en la del espíritu.<sup>5</sup> Fray Hernando tiene por otra parte una preocupación sostenida por la palabra y es el autor de un breve tratado *De murmurar ó mal decir*<sup>6</sup> en el que dice que apenas hay quien escape a este pecado "muy universal". La primera *murmuración* fue la de Satanás que, transformado en serpiente, le dijo a Eva que Dios les prohibía comer de ese fruto por envidia, para que no desvelasen su sabiduría. Pero, como Eva, peca también el que consiente en escuchar a los murmuradores.<sup>7</sup> Esta elaboración sobre el necesario control de la palabra de las mujeres en el que se centra esta "jornada de vida cristiana" tiene a mi entender dos fundamentos. Por un lado, una estética del silencio como ideal femenino; por otro, la relación entre palabra y cuerpo femenino.

«Ser *parleras*, *fabladoras*, es una de las *costumbres* más corrientes de las mujeres. Sermones y manuales de confesión, *espejos* y tratados de dirección espiritual concuerdan en esto: Esta incontinencia verbal puede ser, al igual que cualquier otra *costumbre* femenina, *castigada*<sup>7</sup> con dulzura y sufrida. Contribuye en forma singular a la sabiduría de un marido paciente. Juan García de Castrojeriz refiere en la *Glosa castellana al "Regimiento de Principes" de Egidio Romano*, compuesta hacia 1344 para la educación del infante don Pedro, futuro Pedro I el Cruel, el ejemplo de Sócrates que propone Valerio Máximo en *Factorum et dictorum memorabilium* y que es un *topos* del discurso antifeminista: Sócrates tenía una mujer peleadora insufrible; Alcibiades le pregunta por qué la soporta y él le responde que sufrirla es la mejor manera de aprender a sufrir a los maldicientes y peleadores; "que no había de echar a su maestro de su casa..."<sup>8</sup>.

5. Esta tendencia a espiritualizar la nobleza es típica de la hagiografía mendicante, cf. VAUCHEZ, A.: "Beata Stirps: Sainteté et lignage en Occident au XIII<sup>e</sup> et XIV<sup>e</sup> siècle", en *Famille et Parenté dans l'Occident Médiéval*. Actas del Coloquio de Paris, 6-8 junio 1974, ed. Ecole Française de Rome, 1977, pp. 397-406. Pero el nacimiento del *topos* de la "nobleza del alma", que afirma la identidad entre nobleza y virtud responde también al ideal aristotélico del "bonheur spéculatif" que permite a los intelectuales emprender la lucha contra la supremacía de la nobleza, cf. FUMAGALLI BEONIO BROCCHERI, M.: "L'intellectuel", en LE GOFF, J. (dir.): *L'Homme médiéval*. Paris, Seuil, 1989, p. 225.

6. "De murmurar ó mal decir. Tractado muy provechoso contra el común é muy continuo pecado que es detraher ó murmurar y decir mal de alguno en su ausencia". *Nueva biblioteca de autores españoles*, t. XVI, *Escritores místicos españoles*, t. I, Madrid, 1911, pp. 47-56.

7. La palabra *castigo* se relaciona inicialmente con la idea de educar, corregir verbalmente y perderá este carácter abstracto sólo al fin de la Edad Media, influenciada por una concepción autoritaria de la educación.

8. GARCÍA DE CASTROJERIZ, F. Juan y BENEYTO PÉREZ, J. (eds.): *Glosa Caste-*

En el *Corbacho* (1438) de Alfonso Martínez de Toledo, todos los *vicios* de las mujeres tienen como forma de expresión una verbosidad incontrolable. “¡Yuy, yuy, pues yuy! ¡Vistes y qué vistas, sy lo vistas, pues avrés de contar! Fízonos Dios, maravillámonos nos. Oyd y ved y contad, y sy lo viéredes non lo contedes. ¡Parece un eclipsy! Reluze como mi ventura qual el día que yo nascí”, dice la envidiosa<sup>9</sup>. “¡Ay, puta Marica, rostros de golosa, que tú me as lançado por puertas! ¡Yo te juro que los rostros toqueme, doña vil, suzia, golosa! ¡Ay, huevo mío! Y ¿qué será de mí? ¡Ay, triste desconsolada! ¡Jesús, amiga, y cómo no me fino agora!”, dice la avara a quien le han robado un huevo<sup>10</sup>.

Las mujeres revelan los secretos (las *poridades*), y son incapaces de controlar la boca. Esta incapacidad para retener los secretos es en ellas un *apetito natural*, dice Castrojeriz, que ha de ser atribuido a una constitución física *muelle*<sup>11</sup>, que explica también su incapacidad para la sabiduría de la palabra. Así, las mujeres son malas consejeras “porque han la complexión mala e flemática... Por la cual razón an el cuerpo mas complexionado; e como el alma siga la complexión del cuerpo...”<sup>12</sup>. Esta debilidad ontológica les niega la sabiduría propia. Si son capaces eventualmente de dar *consejo sano*, es por inspiración divina o angélica<sup>13</sup>. Salvo en la experiencia mística, en la que se convierten en un cuerpo hablado por Dios<sup>14</sup>, las mujeres no pueden conocer otro éxtasis que el de la inmovilidad y el silencio.

Existe durante toda la Edad Media una moral y una estética del silencio, del control virtuoso de la palabra. La *loquacitas* es condenada por el ideal del silencio monástico, la *scurrilitas*, es decir el exceso y uso perverso de la palabra, condena a los ojos de la Iglesia la práctica de los intérpretes de poesía, que las primeras burguesías condenarán con el argumento de *inutilitas*, la negación del trabajo productivo. La literatura didáctica, atenta a la palabra y sus efectos, considera que una de las primeras formas de la sabiduría es la de sólo decir lo indispensable. La relación entre el cerebro, el corazón y la lengua, hace que esta última sea el testigo inquietante de la interioridad, pues posee fastidiosas tentaciones: la lengua puede actuar como un “miembro del cuerpo” según la tradición de las epístolas de san Pablo, en el que reina la ley del pecador contraria a la

llana al “Regimiento de Principes” de Egidio Romano. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1947, t. II, pp. 98-99.

9. MARTÍNEZ DE TOLEDO, A. y GONZÁLEZ MUELA, J. (eds.): *Arcipreste de Talavera o Corbacho*. Madrid, Clásicos Castalia, 1989, p. 137.

10. *Ibid.*, p. 125.

11. GARCÍA DE CASTROJERIZ, F. Juan: *op. cit.*, t. II, p. 117.

12. *Ibid.*, t. II, p. 113.

13. *Ibid.*, t. II, p. 114.

14. Sobre los gestos místicos, ver SCHMITT, J. Cl.: *La Raison des gestes dans l'Occident médiéval*. Paris, Gallimard, 1990, pp. 316-320.

ley del espíritu. También la medicina aconseja el control de la boca, que no debe ser muro, sino puerta del espíritu. Y esta representación de la boca como puerta ofrece la implícita tranquilidad que ese orificio del cuerpo es controlable <sup>15</sup>.

Los espacios "oficiales" de la palabra (enseñanza, derecho, liturgia, predicación, *disputatio*) están reservados a la sabiduría de los hombres. Para las mujeres, la *clausura oris* es una necesidad constante a la que hace siempre referencia la predicación. Humbert de Romans (†1277), el primero en haber propuesto una clasificación sociológica de las mujeres, que difiere de la tripartición clásica de la pastoral femenina (solteras, casadas, viudas), dice, en su sermón a las religiosas de clausura —que es en verdad el modelo del ideal femenino en general—, que los labios de la esposa de Cristo deben evitar las palabras superfluas. Ellas han de seguir el ejemplo de la Virgen, de la que sólo se leen siete palabras en el Evangelio, y todas edificantes <sup>16</sup>. La clausura de la boca de la mujer hace parte de una de las tres formas de la clausura espiritual que la convierten en el ideal del *hortus conclusus* del *Cantar de los Cantares*: la clausura de la boca, del corazón, de los sentidos. Allí reside la belleza tranquila que se intenta imponer como un modelo destinado a controlar la espontaneidad viciosa de la mujer. "¡Qué gran componimiento de las mugeres es el silencio e mucho las prescian los omnes por ello!", dice Castrojeriz citando la *Retórica* de Aristóteles <sup>17</sup>.

El exceso de palabra no se iguala con el horror de los gritos de los condenados del Infierno, pero está lejos de los placeres auditivos del Paraíso en los que se percibe el aspecto sonoro del *locus amoenus* <sup>18</sup>. La palabra incontrolada se describe como un elemento irritante, perturbador, que distrae a los hombres de la sabiduría y la santidad.

Para Humbert de Romans la palabra femenina es una metáfora del cuerpo. En su sermón a las prostitutas, *ad mulieres malas corpore*, que designa a la vez el cuerpo corrupto y su poder de corrupción, dice que la fornicación de la mujer no la perjudica solamente a ella. Estas mujeres son incendiarias del mundo, como dice el capítulo 9 del *Eclesiástico*: La conversación es como fuego ardiente (*Eloquium illius quasi ignis ardescit*) <sup>19</sup>.

El *Speculum al foder*, tratado catalán de sexualidad de fines del siglo XIV o comienzos del XV <sup>20</sup>, define las cinco edades de la mujer, del nacimiento hasta

15. POUCHELLE, M. Ch.: *Corps et chirurgie à l'apogée du Moyen Age. Savoir et imaginaire du corps chez Henri de Mondeville, chirurgien de Philippe le Bel*. Paris, Flammarion, 1983, p. 247.

16. CASAGRANDE, C.: *Prediche alle donne del secolo XIII*. Milano, Bompiani, 1978, p. 59.

17. GARCÍA DE CASTROJERIZ, F. Juan: *op. cit.*, t. II, p. 223.

18. Sobre el *topos* del *locus amoenus* ver el trabajo clásico de CURTIUS, E.: *La Littérature européenne et le Moyen-Age latin*. Paris, PUF, 1956, t. I, pp. 317-322.

19. CASAGRANDE, C.: *op. cit.*, p. 54.

20. VICENS, T. (ed. y trad.): *Speculum al foder*. Barcelona-Palma de Mallorca, 1978.

que se le retira la menstruación (más allá es *veya* y ninguno la debe desear). De las cinco edades, tres se definen por una conciencia de la palabra que es a su vez conciencia del cuerpo: La primera edad va hasta los ocho años, la segunda hasta los veinte, la tercera hasta los treinta, la cuarta hasta los cuarenta y la quinta hasta los cincuenta. La característica de la primera edad es que “diu veritat de ço que home deman, e no té celat tot ço que sap de veritat; e no ha vergonya de home i de fembra”<sup>21</sup>. Como si existiese en la infancia la huella de un cuerpo que desconoce la falta. La verdad de la palabra, la ausencia de vergüenza y el secreto, son una inconsciencia del cuerpo, apenas sexuado. En la segunda edad “ha més vergonya, e ceta mils ço que sap”<sup>22</sup>; en la tercera es “fembra feta”, en la cuarta “ama més los hòmes e assuages més en son anar, e su parlar, é en ses obres; e vol veser”<sup>23</sup>; y en la quinta disminuye su vista<sup>24</sup>, pierde el calor y se le relajan las carnes<sup>25</sup>. La “hembra hecha”, que no se describe, es la que posee —para este tratado en el que la sexualidad y el placer forman parte de la naturaleza, a condición de saber usar de ellos— una plenitud corporal; sin verdades absolutas, sin las falsedades de la retórica edulcorada de un cuerpo en decadencia: el de la mujer que, entre los 30 y los 40, “suaviza” sus palabras y sus gestos.

\*\*\*

\*\*\*

En qué se funda el peligro de la palabra femenina? ¿Se puede hablar, en el siglo xv, de una magia de la palabra, que crea lo que dice, fundada, para la tradición eclesiástica, en el recuerdo de la palabra divina y la metáfora del Dios *Dictator*, enunciador de la creación? Los avatares de esa palabra creadora son numerosos: la fuerza de las palabras que acompañan en la alquimia cada gesto semantizándolo e interpretándolo; la metáfora encarnada de las maldiciones en la que Dios figura la transgresión o la falsedad; la sátira, que puede matar, o conducir a la muerte; la fecundidad que no está en la carne, sino en la palabra,

\*\*\*

21. Contesta la verdad a cualquier cosa que se le pregunte y no esconde todo lo que conoce; además no tiene vergüenza de hombre ni de mujer.

22. Es más vergonzosa y guarda mejor lo que sabe.

23. Le gustan más los hombres y suaviza sus andares, su habla y sus obras y le gusta observar.

24. Existen numerosas referencias que ponen en relación menstruación y mirada y que fueron difundidas por el *De secretis mulierum*: los peligros de la mirada que figuran en la leyenda de la doncella Venenosa; los peligros de la sangre menstrual; la mirada de la mujer menstruada que empaña los espejos. A lo que debe agregarse, a partir del siglo xiii, la tradición del poder mortal de la mirada de las mujeres después de la menopausia, producida por el envenenamiento de la sangre que el cuerpo retiene. Ver THOMASSET, Cl.: *Commentaire du dialogue de "Placide et Timeo": Une vision du monde à la fin du xiii<sup>e</sup> siècle*. Ginebra, 1982.

25. *Speculum al foder*; op. cit., pp. 42-44.





y que justifica la exigencia de castidad que la Iglesia intenta imponer a los clérigos a partir del siglo XI<sup>26</sup>.

Si la palabra encantada, la de los hechizos y la de las conjuraciones, conserva aún todo su poder, si la fuerza de la injuria verbal —que se hereda, dice el *Libro de los Cient Capítulos*<sup>27</sup>— recuerda y conserva la magia y la materialidad de la palabra, ciertos poderes de la palabra se pierden lentamente. La palabra ya no es la única enunciadora del poder, el derecho “dicho” de las costumbres ya ha perdido su eficacia, las maldiciones de los documentos de

26. FLANDRIN, J. L.: *Le Sexe et l'Occident*. Paris, 1981, p. 103.

27. REY, A. (ed.): *Libro de los Cient Capítulos*. Bloomington, 1960, cap. 24, p. 32.

cancillería se han abreviado, “metaforizado”. Pero hasta el siglo XVI el lenguaje es aún “escritura material de las cosas”<sup>28</sup>. Si el lenguaje “ne ressemble plus immédiatement aux choses qu’il nomme”, como antes del castigo de Babel, tampoco está separado del mundo sino que sigue siendo el lugar de las revelaciones y forma parte del espacio en el que la verdad se manifiesta y se enuncia<sup>29</sup>.

¿Qué hace que una mujer sea fea? —se interroga el *Speculum al foder*: que sea *fatiera* (hechicera)<sup>30</sup>. Las distancias entre los peligros de la palabra encantada y creadora y la estética del cuerpo, por momentos, se borran. A nivel popular, a nivel también de predicadores e inquisidores, la relación entre palabra y cuerpo femenino (perverso) hace que la energía casi física del enunciado sea una energía de persuasiones maléficas. Pero para los hombres como Talavera, los peligros indudables de la palabra femenina responden más a la irracionalidad y a la incontinenencia que a la magia. Ambos niveles de cultura poseen sin embargo un tema en común: la lógica del comportamiento femenino está en una suerte de fisiología, la del comportamiento masculino en la ética. Porque en el imaginario del cuerpo se define un cuerpo femenino delirante, fragmentario y contradictorio, por lo tanto inolvidable; un cuerpo masculino coherente que, una vez explicado puede ser dejado de lado.

Según la teoría de los humores, el colérico es el más propenso a la palabra y el melancólico el que más maldice. Las *complexiones* de los hombres, dice Alfonso Martínez de Toledo, se aplican también a las de las mujeres, “pero generalmente ellas tienen otras condiciones que los hombres, de las cuales voluntariosamente les plazca usar e usan”<sup>31</sup>: las mujeres no siguen el orden del universo; el microcosmos no es un cuerpo de mujer. Incluso un tratado como el *Speculum al foder*, que en ningún momento denigra la naturaleza femenina, dice que las mujeres tienen tales *maneras* en el amor, que siempre se desvían de toda buena costumbre y siguen lo contrario<sup>32</sup>. Así, las mujeres son paradójales, pero la paradoja está tan codificada que no debería ya conservar su poder de absurdo. Sin embargo, los hombres reiteran su asombro, como si en ese asombro cifrado residiese la esencia de la relación de los hombres con la feminidad.

En todo caso, a partir del momento en que existe aún esa “poétisatio foncière” de la palabra de la que habla P. Zumthor<sup>33</sup>, que no puede disociar el mensaje de la voz —en este caso, la creación verbal, de la lógica del cuerpo femenino—, la palabra femenina inquieta. Este constituido por hechizos y secretas sabidurías o por supuestas necesidades.

28. FOUCAULT, M.: *Les Mots et les choses*. Paris, Gallimard, 1966, pp. 57-58.

29. *Ibid.*, p. 51.

30. *Speculum al foder*, *op. cit.*, p. 48.

31. MARTÍNEZ DE TOLEDO, Alfonso: *op. cit.*, p. 179.

32. *Speculum al foder*, *op. cit.*, p. 42.

33. *Op. cit.*, p. 114.

Ambos planos de la cultura comparten la metáfora de una palabra que es cuerpo de deseo. El modelo que fray Hernando de Talavera propone a la condesa de Benavente no es el de la santidad que es éxtasis del silencio. Ese modelo le está negado por su condición de mujer casada. Si la santidad de la madre es ya un modelo ideológico que ha comenzado a formarse paralelamente a la pastoral del buen matrimonio que la Iglesia intenta imponer desde fines del siglo XI<sup>34</sup>, no hay aún una santidad de la esposa. Pero hay otra experiencia que también le está negada: la del erotismo. El control de la palabra como metáfora y práctica de la negación del deseo es para las mujeres casadas una disciplina del trabajo *avant la lettre*, un camino que, apartándola de la experiencia extrema del erotismo, tampoco le conduce a la experiencia extrema de la santidad.

34. DUBY, G.: "La matrone et la mal mariée", en *Mâle Moyen Age*. Paris, Flammarion, 1988, pp. 50-73.